William Wagner, orc

El ángel de Fátima

Título	*El ángel de Fátima*
Autor	William Wagner
Traductor	HIPG
Corrector de estilo	CS
Tema	Angelología, Fátima.
Reseña	En el centenario de las apariciones a los pastorcitos Lucía, Jacinta y Francisco para las revelaciones y el mensaje de N. ª S. ª de Fátima, éste libro cuenta como, al igual que María recibió el anuncio del arcángel Gabriel para el Nacimiento del Redentor del mundo, los tres pastorcitos recibieron, de parte del ángel de la paz, instrucción espiritual, el sacramento de la salvación, esto es: el Pan de los Ángeles y la Sangre de Cristo. El ángel de la paz o ángel de Portugal, preparó a los tres niños para ser los videntes de Ntr.ª Sr. ª y para la misión que se les encomendaría. Con *El ángel de Fátima* los pastorcitos aprendieron a rezar mejor, a ofrendarse por la salvación de los pobres pecadores y a amar aún más a la Iglesia, a Jesús y a La Virgen Santísima.
Sugerencias	

INTRODUCCIÓN

Ya pasaron cien años desde el día en que el ángel de Fátima preparó a los tres pastorcitos, Lucía, Jacinta y Francisco, para la revelación y mensaje de Nuestra Señora. Podemos decir que el "éxito" de Fátima se debe en buena parte a los obispos portugueses, pues intuitivamente comprendieron que la historia de la aparición de Fátima nos muestra las verdades evangélicas de una forma sencilla y adecuada a nuestro tiempo. Ambas, tanto la aparición como el mensaje de Fátima, son un credo del catecismo popular. Esto se refiere en especial a la aparición del ángel de Fátima, que podemos llamar el "primer misterio" de Fátima, ya que la hermana Lucía mantuvo el secreto de esas revelaciones cerca de veinte años. ¡Cuán diferente de los falsos místicos que abren la mano para difundir su historia con asombrosa rapidez!

Como la Madre de Dios, también el ángel se apareció seis veces en Fátima. En las tres primeras apariciones, a Lucía y a otras tres niñas en 1915, nada comunicó. En el decurso de 1916, dio orientaciones espirituales a Lucía, Jacinta y Francisco. Queremos apreciar de cerca esas tres últimas apariciones debido a que nos presentan un resumen de la teología espiritual sencilla, pero profunda, como se encuentra en la Sagrada Escritura y en los escritos de los santos. Las últimas apariciones no son solo importantes desde el punto de vista meramente histórico, sino también a causa de nuestro ángel de la guarda, que, en su esfuerzo por iluminarnos y conducirnos a la santidad, actúa de forma semejante al ángel de Fátima.

> En 1972, Roswitha Bitterlich, artista estrechamente ligada al mundo religioso, pinta un personaje angélico, en colores demostradores de la reflexión acerca del mensaje de Fátima relacionado con el culto a los Corazones de Jesús y María. (…) Junto a las bien elaboradas alas del ángel, la pintora pone unas hojas de olivo, el símbolo universal de la paz, para demostrar de éste modo, y una vez más, que aquel ángel es el que se había aparecido en Fátima en 1916, llama la atención, entre otros aspectos, hacia ésta devoción del corazón. En efecto, el ángel de la visión de los pastorcitos se intituló ángel de la paz: "No teman. Soy el ángel de la paz". (…) No obstante, la exigüidad del escenario, la pintora logra dividirlo en dos partes, representa, en el fondo del campo pictórico, un nivel compuesto de tierra y agua. Si, por un lado, se podrá interpretar aquella división como una referencia a la geomorfología de la tierra portuguesa, por otro prisma, o en coincidencia de primas, la clave de lectura de este cuadro puede asentarse en los versículos del último libro de la Biblia: (*Ap* 10, 1-2.4-5.8) (DUARTE, M. D [2006]. *Arte Sacra en Fátima*. Fátima, p. 68).

"Los Corazones de Jesús y de María escuchan la voz de sus súplicas" (*El ángel de Fátima*, primera aparición).

El ángel de Fátima, pintura de Roswhita Bitterlich.

Monasterio de la Santa Cruz, Fátima.

I

LA PRIMERA APARICIÓN DEL ÁNGEL DE FÁTIMA

Debido al mal tiempo, Lucía y sus dos acompañantes, Jacinta y Francisco, habían buscado abrigo en una pequeña gruta de piedra, en la ladera naciente de la Loca do Cabeço. Después de haberse comido su refrigerio, rezaron el rosario que, a veces, abreviaban de forma ingeniosa. En lugar de la oración completa, solo decían "Avemaría", "Santa María", para poder jugar después. De repente, divisaron una luz que venía del este de la pequeña ladera, "una imagen como si fuera una estatua de nieve… A medida que se acercaba, íbamos descubriendo las facciones: un joven de unos catorce o quince años, tan blanco como si fuera nieve, que el sol hacía trasparente como si fuera de cristal y de una gran belleza… Nos sorprendimos mucho y quedamos totalmente maravillados".

Tanto la descripción que Lucía hizo del ángel como su misma reacción son casi bíblicas. Esto nos recuerda al ángel de la Resurrección: "El Ángel del Señor bajó del cielo y, acercándose, hizo rodar la piedra y se sentó encima de ella. Su aspecto era como el relámpago y su vestido blanco como la nieve. Los guardias, atemorizados ante él, se pusieron a temblar y se quedaron como muertos" (*Mt* 28, 2b-4).

De forma similar habla san Juan de un ángel, "Su rostro como el sol" (*Ap* 10, 1). Las mujeres, al entrar al sepulcro, "Vieron a un joven sentado en el lado derecho, vestido con una túnica blanca, y se asustaron. Pero él les dice: 'No se asusten. Buscan a Jesús de Nazaret, el Crucificado; ha resucitado, no está aquí. Vean el lugar donde le pusieron'" (Mc 16, 5-6). Así como el ángel de la Resurrección trató de calmar a las mujeres y como san Gabriel intentó liberar del miedo al profeta Daniel (*cf*. *Dn* 9, 21 ss) y posteriormente de María en la Anunciación, así también el ángel de Fátima animó a los niños con las palabras: "¡No teman! Yo soy el ángel de la paz. Recen conmigo". Es posible hacer una reflexión acerca de cada una de esas afirmaciones.

"¡No teman!"

Los que temen a Dios nada tienen que temer de su ángel, por más que su aparición produzca respeto, visto que el ángel está lleno de la santidad de Dios que le reveló. Fue así que el profeta Daniel "se aterrorizó y cayó de bruces" cuando el ángel del Señor se dirigió a él (*Dn* 8, 17). No solo Daniel tuvo esta experiencia, sino también muchos otros profetas y santos de la Sagrada Escritura. Para que seamos más breves, mencionamos solo a san Juan, que dos veces cayó por tierra a los pies del ángel. Era tan brillante y maravilloso, sus palabras tan divinas, que san Juan juzgaba encontrarse en la presencia de Dios mismo (*Ap* 19, 10 y 22, 9). El "equívoco" de san Juan, sin embargo es justamente la prueba de la veracidad de su revelación, pues solamente el santo ángel tiene la capacidad de estar tan unido a Nuestro Señor. Aquí nos deparamos con la gracia de la presencia divina y la gracia

de la unión con Dios, hecho que el enemigo jamás será capaz de imitar, ni siquiera disfrazado de "ángel de luz" (*Cf. 2Co* 11, 14).

Los niños estaban tan extasiados por la presencia del ángel que Lucía más tarde escribe: "La atmósfera de lo sobrenatural que nos cubrió era tan intensa que no advertíamos nuestra propia existencia, por un gran espacio de tiempo, permanecíamos en la posición que nos había dejado, repetíamos siempre la misma oración. La presencia de Dios se sentía tan intensa e íntimamente que ni siquiera nos atrevíamos a hablar entre nosotros. Al día siguiente, sentíamos el espíritu aún envuelto por esa atmosfera que solo muy lentamente se fue desapareciendo". Tal hecho se repitió una vez más después de la última aparición del ángel, solo que acompañado de muchas más gracias y sentimientos de amo. Lucía recuerda: "La fuerza de la presencia de Dios era tan intensa que nos absorbía y aniquilaba casi por completo. Parecía privarnos hasta del uso de los sentidos corporales por un gran espacio de tiempo. En esos días, hacíamos las acciones materiales como llevados por ese ser sobrenatural que a él nos impelía. La paz y la felicidad que sentíamos eran grandes, pero solo íntima, completamente concentrada el alma en Dios". Lucía también comenta lo siguiente después del primer encuentro con el ángel: "En esta aparición, nadie pensó en hablar ni en recomendar el secreto. Ella por sí misma lo impuso. Era tan íntima que no era fácil pronunciar sobre ella la más mínima palabra". Éste hecho explica porque la forma de contacto con el ángel es a través de la luz de los dones del Espíritu Santo; el alma recibe entonces el conocimiento divino directamente en su interior, donde no existen palabras. El alma comprende cosas que no es capaz de expresar con palabras. Le es penoso hablar sobre eso. El ángel también habló a través de palabras a los niños, las mayores gracias, las espirituales, se conservan en el fondo del alma

"Yo soy el ángel de la paz"

El papa Gregorio Magno enseña que el nombre de los ángeles no se refiere a su esencia, sino a su misión y servicio a la humanidad. Así pues, "Miguel" significa "¿Quién cómo Dios?", porque su tarea es enseñar la humildad de la fe. "Rafael" significa "Medicina de Dios", pues él fue enviado para curar a Tobías de la ceguera y liberar a Sara del asedio del espíritu maligno. ¡Aquí tenemos al ángel de la paz! Por consiguiente, la misión es conducir a los hombres a la paz. Hay una santa ironía en el hecho de que justamente en Fátima haya surgido el "Ejército Azul", pero recordemos que sus armas son la oración y el sacrificio, y que las columnas combatientes están posicionadas directamente detrás de ese santo ángel. La paz entre las naciones es dádiva de Dios, la paz del corazón proviene de la sumisión amorosa a Dios, y la paz en Dios proviene de la unión amorosa con Dios.

"¡Recen conmigo!"

Para nosotros es fácil comprender el provecho que trae la ayuda del santo ángel en nuestra oración. Rafael dijo a Tobías: "Cuando tú y Sara hacían oración, era yo el que presentaba y leía ante la Gloria del Señor el memorial de vuestras peticiones" (*Tb* 12, 12). En su

comentario acerca del sacrificio de la Eucaristía, cuando el sacerdote reza: “Te pedimos, Dios Todopoderoso, que tu santo ángel lleve este sacrificio (del cuerpo y sangre de Cristo) a tu altar celeste…”, santo Tomás de Aquino confiere al ángel una fuerza de intercesión única que supera la del sacerdote. Dice: “El ángel que acompaña en los misterios divinos lleva ante la Faz de Dios tanto las oraciones del pueblo como las del sacerdote”, según *Ap* 8, 4: “Y por mano del Ángel subió delante de Dios la humareda de los perfumes con las oraciones de los santos”. En el mismo texto, escribe santo Tomás: “Por este motivo la ceremonia se llama ‘Misa’ (Misa proviene del latín *mittere* y significa enviar), porque el sacerdote envía oraciones a través del ángel tal como el pueblo las envía a través del sacerdote”. Naturalmente, las oraciones de los ángeles tienen la fuerza limitada de un ser creado, pues tanto la esencia de la naturaleza de los ángeles como su gracia tienen un límite, no son infinitas como la naturaleza de Dios. Los himnos de alabanza de los ángeles, para no mencionar los de los hombres, jamás podrían haber sido dignos de Dios. Sin embargo, es impensable lo que sucedió: el mismo Dios se hizo hombre, el hijo se hizo Sumo Pontífice de los bienes futuros. Dios mismo se puso al lado de sus criaturas e intervino al favor de ellas con su oración. Incluyó a todos en su sacrificio de alabanza infinitamente agradable, ofrecida por él al Padre. Así pues, Dios escogió primero al hombre, pero a causa de los hombres también escogió a los ángeles, para que Él pudiera unirlo todo en Cristo en el cielo y en la tierra (*cf. Ef* 1, 10).

Por amor a Cristo y a los miembros de su Cuerpo Místico, los ángeles anhelan unirse a nosotros en la oración y en la adoración. Por eso, los fieles, en la misa bizantina cantan: “Maestro, Señor Dios, que instituiste el orden celeste y dispusiste los ejércitos de los ángeles y arcángeles para la celebración de tu alabanza, concede que entremos juntos con los santos ángeles, que unidos a nosotros celebran la liturgia y cantan la magnificencia de tu bondad”. Posteriormente se dice: “Ahora las potestades celestes invisibles se unen a nosotros en la adoración”. En la ceremonia del rito romano, el sacerdote reza: “A ti, oh Dios eterno, ellos glorifican sin cesar a través de Nuestro Señor Jesucristo. Dejen que unamos a nuestra voz su canto de alabanza y, llenos de temor, exclamemos: Santo, Santo, Santo…”. La oración de la Iglesia solo es perfecta cuando el ángel y el hombre están unidos a Cristo en la alabanza de la Santísima Trinidad.

La oración y los dos mandamientos principales

¿Cuál es la oración que el ángel enseña a los pastorcitos de Fátima? Es una oración sencilla, de adoración (amor a Dios) e intercesión (amor al prójimo):

Mi Dios, yo creo, adoro,

espero y te amo,

Te pido perdón por los que no creen,

No adoran, no esperan y

No te aman.

Solo podemos aprender correctamente la eficacia de esa oración cuando hayamos entendido que la misma nos educa en el cumplimiento de las dos leyes mayores, el amor a Dios y al prójimo, pues “De estos dos mandamientos penden toda la Ley y los Profetas” (*Mt* 22, 40). Pues toda la ley la contiene una sola palabra: “Amarás tu prójimo como a ti mismo” (*cf. Ga* 5, 14; *Rm* 13, 8-10). Si reflexionáramos bien sobre esa verdad y sobre el hecho de que los niños recen esa oración durante horas sin interrupción, no nos debe sorprender que progresen rápidamente en virtud y en santidad.

No somos ni atletas olímpicos, ni eminencias intelectuales, sin embargo una gracia divina se nos ofrece: la gracia del heroísmo en la búsqueda de la santidad. Todo lo que tenemos que hacer es tener la voluntad real para el amor. ¡Una de las formas más sencillas de ejercitar el amor es rezar esa oración! “Porque estos mandamientos que yo te prescribo hoy no son superiores a tus fuerzas, ni están fuera de tu alcance. No están en el cielo, para que hayas de decir: “¿Quién subirá por nosotros al cielo a buscarlos para que los oigamos y los pongamos en práctica?” Ni están al otro lado del mar, para que hayas de decir: “¿Quién irá por nosotros al otro lado del mar a buscarlos para que los oigamos y los pongamos en práctica? Sino que la palabra está bien cerca de ti, está en tu boca y en tu corazón para que la pongas en práctica” (*Dt* 30, 11-14).

El ángel, sin embargo, no nos da solo una oración sencilla para el cumplimiento de estos dos mandamientos mayores para que seamos capaces de cumplirlos solos. ¡No! Su deseo más ardiente es que nosotros recemos con él. Cada uno de nuestros ángeles de la guarda desea que nosotros nos arrodillemos y recemos con él. Si lo hacemos, el Señor podrá cumplir una de sus más bellas promesas: “Porque donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (*Mt* 18, 20). Esa oración rezada por el ángel es tan breve que la podríamos usar como jaculatoria varias veces al día y caminaremos en la presencia de Dios.

Respeto en la oración

El hecho de que el ángel no se haya solo arrodillado, sino que haya tocado el suelo con la frente, nos demuestra el respeto con el que deberíamos presentar nuestra oración para que no se quede solo en una oración de los labios, rutinaria. El ángel enseñó a los pastorcitos: “Oren así. Los Corazones de Jesús y María están atentos a la voz de sus suplicas”. La frase “oren así” es la repetición de la palabra de Jesús a sus discípulos, cuando les enseñaba el Padrenuestro (*cf. Mt* 6, 9 ss). Como lo explica san Agustín, “El Padrenuestro no es solo la mejor de las oraciones, sino también el modelo para todas las oraciones”. De la misma forma, la intención del ángel no fue exigirles una determinada oración a los niños, sino, mucho más que eso, enseñar que el amor a Dios y al prójimo debe ser el centro de toda nuestra oración.

Ya que muchos se desaniman fácilmente en la oración y se sienten solos y abandonados, necesariamente deben dar oídos a la verdad de la fe que Jesús y María nos aman y que todo

lo que es bueno nos llega mediante la oración. Como san Alfonso María de Ligorio asegura: “La única gracia que siempre y en todo el lugar se nos ofrece es el don de la oración, pues a través de ella podemos recibir todo el bien de Dios”.

Después de esto, el ángel desapareció durante algunos meses, dejó a los niños solos para ver si serían fieles a las gracias recibidas; sin decirle nada a nadie a menos que entre sí, sin otras visitas consoladoras del ángel. Los niños permanecieron fieles a su propósito. Lucía lo constató: “Sus palabras se grabaron de tal forma en nuestra mente, que jamás las olvidamos. Y, desde ahí, pasábamos mucho tiempo así, postrados repitiéndolas, a veces, hasta caer cansados”. Fue de este modo que ejercitaron una generosidad heroica.

“De todo lo que puedan, ofrézcanselo a Dios como acto de reparación por los pecados con los que se le ofende y como suplica por la conversión de los pecadores. De este modo atraen, sobre su patria, la paz. Yo soy el ángel de su guarda, el ángel de Portugal”.

(*El Ángel de Fátima*, segunda aparición).

II

LA SEGUNDA APARICIÓN DEL ÁNGEL DE FÁTIMA

El Ángel de Portugal, en su primera aparición a Lucía, a Jacinta y a Francisco, les enseñó como deberían adorar a Dios en santo temor e interceder por los pecadores. Los tres pastorcitos se revelaron fieles discípulos de la oración, pues permanecieron fieles y crecieron en santidad, incluso sin tener, por un largo período de tiempo, contacto perceptible con el ángel. Si se transfiere ese hecho hacia la vida espiritual, es posible afirmar que todas las almas en busca de la santidad están obligadas, en primer lugar, a atravesar el desierto de la oscuridad y de la aridez, antes de que puedan alcanzar el oasis de la gracia divina. Buenos propósitos que no duran de la noche a la mañana no son la materia prima de los santos. Los pastorcitos se revelaron dignos de una ayuda posterior del ángel, justamente por su fidelidad.

La referida ayuda sucedió algunos meses más tarde, en el auge del verano. Como las temperaturas alcanzaban con facilidad más de 30ºC, los pastores llevaban sus ovejas por la mañana al campo y las traían de regreso a los establos en las horas tórridas del medio día. Así, los niños siempre podían jugar durante un tiempo después del almuerzo, cerca del pozo situado detrás de la casa de Lucía ("pozo de Arneiro"). "De repente vimos junto a nosotros la misma imagen del ángel". ¡Cuán débiles son los ojos de nuestra fe, ya que el ángel está siempre verdaderamente presente! Ese conocimiento debería traer un cambio a nuestra vida. El andar en la presencia de Dios, como nos lo enseña san Alfonso María de Ligorio, es el fundamento de la vida espiritual[1]. Dios está presente de modo especial en el ángel, pues dice: "en él está mi nombre" La misión del ángel es conducirnos al lugar que Dios nos preparó (*cf. Ex* 23, 20). Para cumplir esa misión, el ángel debe llevarnos a la presencia de Dios.

Aprovechamos bien nuestro tiempo

El ángel le dijo a los niños: "¿Qué hacen?", no porque no lo supiera, sino para dejarles clara la distancia existente entre el espíritu del mundo y el de la fe, y para mostrarnos con que inconciencia desperdiciamos nuestro tiempo, o mejor, nuestra vida con cosas superficiales. En aquella época, los juegos de niños eran un pasatiempo inocente, al contrario de los programas actuales que envenenan las almas de nuestros niños. Ah, si fuera posible que el ángel las sacara de su oscurecimiento causado por la televisión con las penetrantes palabras: "¿Qué hacen?". El ángel no ve solo lo que ellos y nosotros hacemos; ve igualmente el estado asustador de todo el mundo donde diariamente mueren decenas de millares de personas. "Porque ancha es la entrada y espacioso el camino que lleva a la perdición, y son muchos los que entran por ella" (*Mt* 7, 13).

[1] Cf. *A verdadeira Esposa de Cristo*, vol. II, cap. 3, 3.

Algún tiempo después, Nuestra Señora presentó a los niños una visión del infierno, acerca de la cual afirmó: “Vieron el infierno, para donde van las almas de los pobres pecadores; para salvarlas, Dios quiere establecer en el mundo la devoción a mi Inmaculado Corazón. Si hacen lo que yo les diga, se salvarán muchas almas y tendrán paz” (julio de 1917).

Lo que está en juego es el cielo y el infierno

Jacinta se conmovió profundamente al pensar en los infinitos sufrimientos en el infierno. Lucía fue su “catequista”. A la pregunta de Jacinta: “La Señora dijo que muchas almas van a parar al infierno. ¿Pero qué es el infierno?”, Lucía se lo aclaró: “Es una cueva de bichos y una hoguera muy grande (así me lo explicaba mi madre) y para allá va quien peca y no se confiesa, y se queda allá para arder siempre”.

Jacinta: ¿Y nunca más sale de allá?

Lucía: no.

Jacinta: ¡¿Ni después de muchos, muchos años?!

Lucía: no, el infierno nunca termina. Y el cielo tampoco. Quien va para el cielo nunca más sale de allá.

Y quien va para el infierno tampoco. ¿No ves que son eternos, que nunca acaban?”.

Lo que más impresionó a Jacinta fue el hecho de que el infierno sea eterno. Cada alma hace que merezca una eternidad de sufrimiento. Tal verdad parece no impresionar a nadie, pues el mundo está dominado por lo temporal. Y por eso el ángel exclamó: “¿Qué hacen?”

En la escuela de la oración y del sacrificio

“¿Qué hacen? Oren, oren mucho. Los Corazones Santísimos de Jesús y de María tienen sobre ustedes designios de misericordia. Ofrezcan constantemente al Altísimo oraciones y sacrificios”.

El ángel exhorta a los niños a orar mucho.

Pedagógicamente eso es importante. Recordemos que la oración es la expresión de nuestro amor a Dios y al prójimo. Debería ser toda nuestra alegría. Nuestro amor debería ir hasta el extremo: con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas. Sin embargo, lo que cada uno entiende por “orar mucho” está en consonancia con la medida del amor de su corazón. Si cada uno de nosotros orara mucho, ciertamente la medida del amor crecería, y si cada uno de nosotros amara mucho, a su vez, la medida de la oración aumentaría igualmente. En la medida que crezcan el amor y la oración, crecen la paz y la alegría. Por el contrario, no nos debe admirar que ante tan escasas oraciones de tantos que rezan con el corazón, “la caridad de la mayoría se enfriará” (*Mt* 24, 12), y la paz desaparecerá de la Tierra.

¿Cómo rezar “sin cesar”?

El ángel exhorta a los niños a rezar y ofrecer sacrificios “sin cesar”. La única posibilidad que tenemos de ofrecer tales sacrificios constantes es darle a nuestras obras esa intención. Nosotros podemos y debemos tener la buena intención de ofrecer todo en este sentido. La mejor forma de una buena intención habitual es, naturalmente, la consagración. La consagración del mundo al Sacratísimo Corazón de Jesús la había hecho el papa León XIII en 1900, poco antes de la aparición del ángel. En seguida, el Señor pedía una devoción y una consagración especial al Inmaculado Corazón de su Madre. Toda la perfección espiritual está contenida en forma de semilla en nuestra consagración en el bautismo. Ese gran potencial llega a un desarrollo especial a través de las consagraciones y promesas que la Iglesia propone a los fieles. Ellas elevan nuestra vida al nivel de oración y sacrificios constantes. Una verdad muy consoladora es que Jesús y María esperan nuestra oración. Nuestro corazón entra en calor cuando pensamos que Nuestro Señor tomó sobre sí el sufrimiento y la muerte por amor a nosotros. Pero nuestro corazón se paraliza cuando comprendemos que el sufrimiento de Nuestro Señor aún no ha concluido… y que en su extraordinaria preferencia por nosotros nos llama para que lo ayudemos. Su cruz es su gloria, y Él quiere compartirla con nosotros. San Pablo comprendió tal hecho: “Ahora me alegro por los padecimientos que soporto por ustedes, y completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia” (*Col* 1, 24). “En cuanto a mí ¡Dios me libre de gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por la cual el mundo es para mí un crucificado y yo un crucificado para el mundo!” (*Ga* 6, 14).

“¿Cómo ofrecer sacrificios?”

Ya que el ángel de la paz les había enseñado como deberían rezar, Lucía solo pregunta: “¿Cómo nos hemos de sacrificar?” La respuesta del ángel es decisiva y profunda: “De todo lo que puedan, ofrézcanselo a Dios como acto de reparación por los pecados con los que se le ofende y como suplica por la conversión de los pecadores. De este modo atraen, sobre su patria, la paz. Yo soy el ángel de su guarda, el ángel de Portugal. Ante todo, acepten y soporten, con sumisión, el sufrimiento que el Señor les envíe”.

Aquí reconocemos la triple dimensión de nuestras acciones. La primera intención de la reparación es restaurar el daño causado por la ofensa a Dios. El pecado ofende realmente a Dios. Detrás de todo, cada pecado grave niega a Dios y endiosa el “yo”. Según Chesterton, el dolor es el presente de Dios a los idealistas (que filosóficamente piensan que ellos mismos son dioses y, con ello, constantemente están creando un mundo en sus propias cabezas), pues ni siquiera un loco crearía para sí mismo el dolor. El dolor conduce nuevamente al pecado a creer en Dios. Todo el bien duradero depende del conocimiento de que Dios es Dios y de que nosotros somos sus criaturas. Éste bien, se alcanza, a más tardar, después de la muerte, en el juicio. El dolor de los condenados, en su esencia, está en el reconocimiento de que perdieron a Dios para siempre por su libre elección. La reparación

es el amor abundante por el cual un alma reconoce de forma heroica, a través de sacrificios y aceptando los sufrimientos, la sublimidad de Dios, e implora la gracia de tocar los corazones de los pecadores empedernidos.

Como el pecado es hostilidad a Dios, también es claramente la causa de las guerras. Adán y Eva desobedecieron a Dios y Caín mató a su hermano Abel. Así, la conversión de los pecadores y su reconciliación con Dios es el primer paso para la reconciliación con Dios es el primer paso para la reconciliación entre hermanos. A partir de las palabras del ángel, podemos entender que no basta la oración para atraer la paz. Sacrificios y reparación son los otros medios imprescindibles para hacer que la paz descienda sobre nuestra patria. Sin sacrificios, la oración podría ser mera "palabrería". La dadiva de nuestro ser, de nuestra existencia y de nuestro pan diario recibidos de Dios, exige que volvamos a Él desde nuestro interior. El insistir en permanecer lejos de Jesús se basa en el amor propio y en la ambición, raíces de todo mal.

Dos tipos de sacrificios

El ángel habla acerca de dos tipos de sacrificios: aquellos que nosotros mismos escogemos, y los sufrimientos que Dios escoge o envía. Todo lo que somos y hacemos puede y debe ofrecerse a Dios en sacrificio. En este punto podemos desarrollar una "santa perspicacia": todo puede tener valor para la eternidad y así alcanzaremos un tesoro en el cielo. Sin embargo, lo que no se le ofrece en honra a Dios está perdido para la eternidad, por más que cintile y reluzca. Estimulando a los niños a que hagan de todo un sacrificio, el ángel nos anuncia, de hecho, una "buena noticia" que los sacrificios no tienen que ser necesariamente dolorosos. Tres tipos de sacrificios permanecerán en el cielo por toda la eternidad: el sacrificio de alabanza (comienzo y fin del amor), el sacrificio de nuestra consagración a Dios (unión y permanencia en el amor) y el sacrificio de gratitud (por las dádivas y por ser uno en el amor). El amor comienza en esos sacrificios y se inflama en ellos; el amor se fortalece en el sacrificio de expiación, en aquellos sacrificios que nos cuestan algo. Incluso así no deberíamos dejar de lado las innumerables cosas pequeñitas que, por amor a Dios, le podemos ofrecer a lo largo del día. A esos pequeños sacrificios podemos darles siempre la intención de la expiación. Justamente basado en esos sacrificios, el ángel de la paz prometió la paz al país de los niños.

El ángel deja igualmente bien claro que el sacrificio de nuestra voluntad, a través de la aceptación paciente de todos los sufrimientos que Dios nos envía, es mayor que cualquier sacrificio que nosotros mismos nos propongamos. Santa Teresita del Niño Jesús le explicó a su hermana que la paz consiste justamente en querer realmente lo que Dios quiere[2].

[2] Carta 87 a Celina, el 4 de abril de 1989: "Confieso que la palabra paz me parecía un poco fuerte. Al día siguiente, al reflexionar sobre ella encontré el secreto para sufrir en paz… Quien dice 'paz' no dice alegría, o por lo menos alegría 'sentida'… Para sufrir en paz, basta aceptar con gusto todo lo que Jesús quiere… ¡Para ser la esposa de Jesús, es necesario parecerse a Jesús, Jesús está totalmente ensangrentado, está coronado de espinas!"

Nuestra vocación: la voluntad de Dios y su paz

A veces se enseñaba a los niños la oración: "¡Jesús, yo quiero lo que tú quieras de mí!". ¡Cuán rápidos son los niños en la comprensión de que Jesús los ama y que tiene un plano de amor para la felicidad de sus vidas! Por esto se comprometen tanto cuando se trata de encontrar su vocación y de aceptarla. Tal disposición les abre el corazón y el espíritu para la luz de su vocación. Tal ansia acerca de la vocación deseada por Dios les da paz interior. Abandonándonos a la voluntad de Dios, encontramos paz interior y la fuerza para cargar las cruces que el Señor nos destina en nuestra vida terrena.

El ángel distinguió aquí dos momentos importantes: en primer lugar deberíamos aceptar conscientemente los sufrimientos que Dios permite (muchas almas se ponen en posición superior en este particular y caen) y, en segundo lugar, deberíamos sufrir pacientemente. Visto de manera práctica, nuestra paciencia es directamente proporcional a la aceptación consciente y a la convicción de que el sufrimiento que nos incluye viene de Dios, que nos ama. Así el diablo logra hundir de tal manera un alma que ella comienza a ver todo "desde la perspectiva terrena", atribuyendo a los otros la culpa de sus mismos sufrimientos, la paciencia amorosa se disipa como la neblina de la mañana.

Siete frutos del sacrificio

Las palabras del ángel acerca del sacrificio formaron una luz que produjo siete santos efectos en los pastorcitos. La enseñanza acerca del sacrificio, cuando se lo acoge profundamente en el alma con amor, ayuda al hombre en primer lugar a entender "quien es Dios", porque "Dios es el amor". Si nunca hubiéramos pasado por la experiencia de trasbordar el amor y de su bondad al habérsenos dado a nosotros mismos en amor que se sacrifica, ¿cómo sería posible que comprendiéramos verdaderamente el amor? Todo el mundo egoísta desea amor, sin embargo, no comprende lo que es el amor, ya que a éste solo podrá entendérselo en la donación de sí mismo y en el sacrificio.

La gracia de Dios golpea secretamente nuestro corazón y nos capacita para amarlo y darnos a Él. En la medida del sacrificio de nuestro corazón, somos capaces de recibir a Dios en nuestra alma. En segundo lugar, solamente aquellos que se abrieron tienen la experiencia del amor ardiente de Dios y lo comprenden, amándolo tan ardientemente cuanto Él nos ama. Y, en tercer lugar, comprenden como Él, a su vez, desea que nosotros lo amemos. Un alma muy santa, llena de amor a Dios, le preguntaba a su director espiritual: "¿Cómo es que Dios es capaz de amar tanto así?" Él solo pudo responder que el amor de Dios es infinito, porque Dios es el amor infinito. Y, en su sublimidad por encima de todos los otros amantes, Dios es completamente libre en la elección de su amor, pues a Él le agrada dar; Él ama para dar: aquel a quien Él ama, le da cuanto puede, de manera que los puede amar siempre cada vez más. "Den y se les dará; una medida buena, apretada, remecida, rebosante pondrán en el halda de sus vestidos. Porque con la medida con que midan se les medirá" (*Lc* 6, 38).

En cuarto lugar, el alma comprende que el crecimiento en el amor es peregrinación espiritual que requiere tanto el pie izquierdo de la oración como el pie derecho del sacrificio.

¡Cuántas almas se empeñan en corresponder al pedido de la Madre de Dios que llama a la oración, pero, incluso así, casi no progresan! Su conocimiento de Dios no supera una luz turbia, ni puede hablar de una llama ardiente de amor. La causa de todo esto reside en el hecho de que esas personas rezan sin adicionarle a la oración una medida correspondiente de sacrificios. Y como si su pie derecho estuviera clavado en el piso y su movimiento fuera la vida entera en un círculo alrededor de sí mismas, sin, no obstante, avanzar en el amor a Dios y al prójimo como deberían. Pero el alma que ya comenzó su progreso en el camino de la oración y del sacrificio —aunque fuera con pequeños pasos— rápidamente descubre el valor del sacrificio. Y esta es la cuarta luz.

Más tarde, los pastorcitos tendrían la oportunidad de ver el fruto de sus oraciones y de sus sacrificios con las innumerables conversiones. Sin embargo, la belleza de la luz trasmitida por el ángel en la fuerza del Espíritu Santo consistía en el hecho de haber sido infundida directamente en su espíritu, o, conforme dijo Lucía, había sido "grabada indeleblemente" y con tanta claridad, que los pastorcitos reconocieron esas verdades en Dios.

En quinto lugar, se les hizo claro cuán agradable es el sacrificio a Dios, y, en sexto lugar, que el sacrificio tiene el poder de alcanzar la conversión de los pecadores. Aunque ya tuviéramos que "saber" eso cuando pensamos en la muerte redentora de Cristo —"Por eso me ama el Padre, porque doy mi vida, para recobrarla de nuevo" (*Jn* 10, 17)—, éste saber especulativo debe penetrar hasta el corazón, a fin de modelar nuestras convicciones más profundas.

Solamente cuando la "verdad de nuestro espíritu" se torna un "bien" de nuestra voluntad, es que nuestra fe se manifestará en grandes actos de amor. El ángel trasmitió aquella luz amorosa y aquella gracia a la cual ellos, en séptimo lugar, respondieron con una devoción incansable en la oración y en sacrificio: "Y, desde ahí, pasábamos mucho tiempo postrados repitiéndolas (las palabras del ángel), a veces, hasta caer cansados".

Lucía describe muchos sacrificios que se imponían para la conversión de los pecadores. Daban su almuerzo a algunos niños pobres de los alrededores. En lugar de su refección habitual, comían semillas de roble y bulbos silvestres cogidos por ellos mismos. Muchas veces, hasta en el torturante calor del verano, pasaban el día sin un solo sorbo de agua. Por iniciativa propia, "inventaron" la correa de la penitencia, que les causaba dolores e incomodidades, para tener así algo que ofrecer a Dios y a Nuestra Señora por los pecadores.

Se convirtieron en verdaderamente insaciables en el ansia por aplacar la sed del Señor por la salvación de los pecadores. En esto podemos ver el verdadero heroísmo de Lucía, Jacinta y Francisco, en comparación con el cual nuestras modestas mortificaciones parecen disiparse. El ángel estaba presente invisiblemente y los ayudaba en todas sus iniciativas. Lo que Lucía declara acerca de la ayuda del ángel en un determinado momento de su vida tiene validez para toda nuestra vida: "En esos días, hacíamos acciones materiales como si nos

llevara ese mismo ser sobrenatural (el ángel) que a eso nos exhortaba". La ayuda del ángel siempre se nos ofrece. Nosotros, sin embargo, debemos mostrarnos dignos de la misma a través de un celo santo por las cosas de Dios. Entonces se tornarán verdaderas las palabras de san Ignacio de Loyola: "Las personas que están empeñadas intensamente en la purificación de sus pecados y que en el servicio al Señor pasan de lo bueno para el mejor… es propio del Espíritu Bueno inspirarles coraje, fuerza, consuelo, lágrimas, advertencias y calma, facilitándoles sobrepasar todos los obstáculos o retirándoselos para que cada vez más avancen en la práctica del bien"[3].

Por ocasión de la tercera aparición del ángel de Portugal, en el otoño de 1916, los tres pastorcitos ya habían alcanzado un progreso considerable en la vida espiritual. El ángel, en esa circunstancia, fue ciertamente una gran ayuda para ellos, pero de nada valen las inspiraciones y el amparo del ángel, si tales semillas de la gracia no caen en el suelo fértil de los corazones generosos. Dignas de especial admiración fueron la generosidad y la perseverancia de los tres niños. A pesar de que habían, anteriormente, reducido la oración del rosario a cincuenta jaculatorias de Avemaría y Santa María debido a las ganas de jugar y a la consecuente falta de voluntad para rezar, después de la aparición del ángel comenzaron a rezar el rosario completo. La oración "Mi Dios, yo creo…" también la convirtieron en un hábito. De cuando en cuando, Francisco se veía obligado a avisar que la noche ya se acercaba y que debían apresurarse, para llevar el rebaño a la casa antes de que oscureciera.

Después de la segunda aparición de ángel, en la cual se les había instruido en el gran valor de la penitencia y del sacrificio, rápidamente dominaron los misterios de esta ciencia del amor. De prisa los pastorcitos constataron que a los niños pobres de la aldea les gustaba recibir su almuerzo diario cuando llevaban el rebaño a pastar. Aprendieron que es posible vivir de los frutos del roble y de bulbos de las flores. Aprendieron lo que viene a ser una correa de penitencia y cuál es el valor de la intercesión por los pecadores. Estaban llenos de un amor ardiente a Dios, por ende, de un amor generoso por Él.

Los pastorcitos realmente producen admiración, pues las visitas del ángel fueron raras y de corta duración. Tenemos la tendencia, a lo que parece, para encarar la vida mística como una cuestión de convivencia continua, dulce y familiar con Dios. Ciertamente la vida espiritual tiene su inicio con el descubrimiento embebedor de cuán bueno es Dios y de cómo Él nos ama personalmente a cada uno de nosotros. Sin embargo, esa embebedora alegría es solo la primera parte del amor. A ella se debe adicionar un amor pleno, que consiste en la firme decisión de cumplir la voluntad de Dios y de glorificarlo en todo. Fue esa voluntad, iluminada por las tres virtudes teologales, y con ellas y a través de ellas, que llevó a los pastorcitos a tamaña intimidad y unión con Dios y, por consiguiente, les posibilitó penetrar en las profundidades del misterio de la cruz.

En esa época, la Madre de Dios ya había entrado profundamente en sus vidas y les ofrecía, en la medida de su prontitud, otras gracias extraordinarias. De hecho, inmediatamente, en su aparición del 13 de mayo, Nuestra Señora les pregunta: "¿Quieren ofrecerse a Dios para

---

[3] *Ejercicios espirituales,* § 315.

soportar todos los sufrimientos que Él les quiera enviar, como acto de reparación por los pecados con los que lo ofenden y como súplica por la conversión de los pecadores?” “Sí, queremos”. “Vayan, pues, tendrán que sufrir mucho, pero la gracia de Dios será su confortación”. Ciertamente su Inmaculado Corazón deseaba ser para ellos puerto seguro y fuente abundante de gracia y consuelo. También en ella, la Medianera de las Gracias, había quedado inolvidablemente como la gracia de Dios que había ingresado en su vida de forma única con la Anunciación del arcángel Gabriel. También fue ese con certeza uno de los motivos por los cuales envió un ángel a los pastorcitos para prepararlos para su misión, de la misma forma como ella había sido preparada. Las palabras de san Gabriel a María y su amoroso “Sí” a la voluntad de Dios, “Hágase en mí según tu palabra”, encontraron su más plena realización en la Encarnación del Verbo en su seno, en la asunción de su condición de hombre. En la tercera y última visita del ángel a Portugal, él trajo a los niños de forma sacramental el mismo Verbo de Dios que se hizo carne. Dios se hizo hombre para que con Él podamos ser uno en el santo sacramento de la Eucaristía.

“Tomen y beban el cuerpo y la sangre de Jesucristo horriblemente ultrajado por los hombres ingratos. Hagan reparación por sus pecados y consuelen a su Dios” (*El ángel de Fátima*, tercera aparición).

III

LA TERCERA APARICIÓN DEL ÁNGEL DE FÁTIMA

La Eucaristía es la clave para la tercera aparición del ángel. Se manifestó nuevamente a los niños cuando estaban fuera, cuidando del rebaño. Incluso así, habían sacado tiempo para rezar el rosario y la oración del ángel. ¿Qué más tendría el ángel aún para decirles? Ya les había enseñado como rezar y que deberían expresar su amor a través de sacrificios. Y ellos eran extremamente generosos en la oración y en el sacrificio. ¿Pero quién es capaz de superar a Dios en generosidad? Todo lo que Dios nos da o toma en esta vida está dirigido a aquella donación plena de su misma persona que, en primer lugar, experimentamos en el Santísimo Sacramento.

Al aparecérseles en la Loca do Cabeço, "él aseguraba un cáliz en sus manos y, encima de éste, una hostia de la cual caían gotas de sangre dentro del cáliz. El ángel dejo flotar el cáliz en el aire y la hostia y, juntamente con los niños, se postró y rezó con ellos tres veces la oración:

Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo,

Te adoro profundamente y te ofrezco

El precioso cuerpo, sangre, alma

Y divinidad de Jesucristo,

Presente en todos los sagrarios de la tierra,

En reparación de los ultrajes, sacrilegios e indiferencias

Con los que a Él mismo se le ofende.

Y por los méritos infinitos de su Santísimo Corazón

Y del Corazón Inmaculado de María,

Te pido la conversión de los pobres pecadores.

El ángel, entonces, se levantó, tomó la hostia y se la dio a Lucía, al mismo tiempo que el contenido del cáliz se lo dio a beber a Jacinta y a Francisco. Al hacer esto, dijo: "Tomen y beban el cuerpo y la sangre de Jesucristo, horriblemente ultrajado por los hombres ingratos. Hagan reparación por sus pecados y consuelen a su Dios". Juntamente con los niños, se postró nuevamente, repitió tres veces la oración de la Santísima Trinidad y desapareció en seguida.

Así como la primera oración es un resumen de toda la ley y los profetas, en la medida en que nos da, en forma de oración, una expresión perfecta del amor a Jesús y al prójimo, así también la oración nueva, Santísima Trinidad, es un resumen de toda la Revelación de la Santísima Trinidad y del plano de Dios en relación con la salvación del mundo a través de la muerte en la cruz del Hijo de Dios hecho hombre. Diariamente, su muerte se presenta de nuevo en el Santo Sacrificio del altar y en la Sagrada Comunión. María, Madre de Jesús y Madre nuestra, es la Medianera de Todas las Gracias. Las oraciones del ángel resumen, por tanto, lo esencial de la enseñanza del Antiguo Testamento; en el fondo, son oraciones bíblicas.

La oración a la Santísima Trinidad sirve tanto como preparación para recibir la Sagrada Comunión, como también para la posterior acción de gracias. Los sacramentos de Cristo suscitan gracias actuantes en todos aquellos que los reciben con la disposición correcta. En verdad, la apertura a los sacramentos es mayor o menor en las personas, lo que también explica el hecho de tantas que comulgan durante varios años, pero, sin alcanzar la santidad: colaboran ínfimamente con la gracia y no se preparan como deberían hacerlo para la venida de Cristo a sus almas. Si rezáramos ésta u otras oraciones similares conjuntamente con el ángel de la guarda, ciertamente tendríamos una ganancia espiritual mayor en nuestras Sagradas Comuniones. Y si rezáramos más por los otros, estos, a su vez, recibirían mayores gracias para responder con más generosidad a los sacramentos de Cristo.

Es triste constatar que, para muchas almas, el recibimiento de la Sagrada Comunión termina cuando ingieren la hostia. En lugar de hablar con Cristo en sus corazones, su mirada vaga por la Iglesia, se fija en el reloj y, después, al final de la Sagrada Eucaristía corren inmediatamente para el estacionamiento. Sobre ésta cuestión, el santo ángel nos enseña a agradecer condignamente. Una tradición en la Iglesia nos sugiere hacer una acción de gracias de, por lo menos, quince minutos. San Alfonso María de Ligorio recomendaba a los sacerdotes una hora de acción de agracias después de la Santa Misa[4]. El tiempo disponible, exclusivamente para nosotros, en una "audiencia particular" con nuestro Dios, Jesucristo, es, indiscutiblemente, el tiempo más precioso de todo el día. Si los hombres, con la presencia eucarística en su corazón, no son capaces de aprovecharla convenientemente, es de esperarse que, en otras ocasiones, no presenten igualmente gran ardor en su amor a Dios.

[4] *Cf.* SELVA, G. A. *Dignity and duties of the priest*, part. II, 1, 5: Él dice que el sacerdote debe pasar todo el día en acción de gracias. San Juan de Ávila pasaba dos horas después de cada Eucaristía en oración. Después, san Alfonso pide a los sacerdotes que hagan, por lo menos, media hora de acción de gracias.

La misión del ángel: conducirnos a Dios

La misión del ángel es conducirnos a Dios y al lugar que Él nos preparó. Dios está presente en el Santísimo Sacramento con el Cuerpo y la Sangre, con el alma y la divinidad, en todos los tabernáculos del mundo. Cristo, el Verbo de Dios que se hizo carne, tomas las formas del pan y del vino para poder penetrarnos como alimento y ser así, en nosotros, nuestra vida y nuestro camino al Padre.

En todo esto, el ángel es un amigo útil, un mensajero y un mediador enviado por Dios que debe conducir a las almas a la unificación personal con Él e instruirlas en la generosidad del amor. El ángel es como un segundo Juan Bautista que se alegra al oír la voz del novio, cuyo camino preparó y en cuya presencia se abstrae respetosamente.

En la vida espiritual, lo que esencialmente está en juego es el crecimiento en la unión con Dios. Una fe que actúa a través del amor es la clave para la santidad. Todo lo demás queda en un segundo plano. Existe la tentación de decir: "¡Ah, si yo también tuviera tales apariciones y visiones celestes, ciertamente sería un santo!"

Sin embargo, ni visiones ni apariciones extraordinarias suscitan santos, sino única y exclusivamente aquella misteriosa colaboración de nuestra libre voluntad con la gracia de Dios. La Divina Providencia nos invita a todos a la santidad y concede a cada uno de nosotros las gracias y los medios para alcanzar el gran objetivo. Seguir el ejemplo de Cristo, de su madre y de los santos es el camino más seguro para el cielo. Si Dios interviene proféticamente en nuestro mundo como lo hizo a través del ángel y de Nuestra Señora, en Fátima, no podemos olvidar que, como Dios, está siempre con nosotros en todo cuanto pensamos y hacemos.

Estar con nosotros de modo divino, sin embargo, no bastó al ímpetu de su amor. También quiso permanecer con nosotros para siempre con su humanidad. En cada tabernáculo del mundo, él está presente con el cuerpo y la sangre, con el alma y la divinidad, amándonos, esperándonos y anhelando nuestra respuesta amorosa. La tercera aparición del ángel es una gran revelación de ese amor de Nuestro Señor. No quiere permanecer solo en el sagrario; él desea entrar en nuestro corazón.

Siglos del jansenismo lograron enfriar el corazón de los hombres. Pocos incluso tenían el coraje de recibir con frecuencia la Santa Comunión. Teniendo en cuenta el énfasis unilateral dado a la majestad de Dios, muchas personas olvidaron lo que el papa Pío X tan acertadamente manifestó: "El deseo de Jesucristo y de la Iglesia de que todos los fieles deben participar diariamente de la Santa Comunión tiene como objetivo principal que los fieles, unidos a Cristo a través del sacramento, puedan de él sacar fuerzas para resistir a las pasiones carnales, para purificarse de manchas de incorrecciones diarias y para evitar que los pecados graves, hacia los cuales la flaqueza humana tiene inclinaciones; por tanto, el objetivo principal no es que se le conceda la honra y el respeto debidos al Señor, tampoco que la Santa Comunión conceda al que la recibe el reconocimiento o recompensa por sus virtudes. Por eso, el Concilio de Trento llama a la Santa Comunión "remedio a través del

cual nos liberamos de nuestras faltas diarias y una protección contra los pecados mortales”[5]. Estas palabras del papa Pío X nos ayudan a reconocer más profundamente el motivo por el cual el ángel llevó a los niños al Santísimo Sacramento del Altar —que es simplemente el sacramento de la salvación— después de la enseñanza acerca de la oración y del sacrificio para el perdón de los pecados.

Al dar la Sagrada Comunión a los niños, el ángel les dio un precepto profético acerca de la posición de la misma en nuestra vida espiritual. Queremos enfocarnos brevemente en algunos puntos importantes.

La primera comunión de Francisco y Jacinta

Aquí no se trata solo de una intervención extraordinaria del ángel al darles a los niños la Sagrada Comunión, muchos otros santos de la santa Iglesia, como, por ejemplo, san Luis Gonzaga, recibieron la Santa Comunión de un ángel, pero, en este caso, el ángel le dio a Francisco y a Jacinta su primera y Santa Comunión un año antes. ¿Que llevó al ángel a actuar así? Lucía ya había recibido su Primera Comunión. Por poco no se lo impidieron —incluso siendo la que mejor, que los otros dos niños, se sabía el catecismo—, pues la opinión común era que la niña de seis años, simplemente todavía no tenía la edad suficiente.

Siete años antes, san Pío X había ordenado que los niños que tuvieran uso de razón (cerca de siete años), debería admitírselos en la Primera Comunión. San Pío X indicó que éste era el deseo de Cristo: “Dejen que los niños vengan a mí, no se los impidan, porque de los que son como éstos es el Reino de Dios” (*Mc* 10, 14). En verdad, ese decreto no era nuevo. La comunión de los niños ya la practicaba la Iglesia primitiva. El IV Concilio de Letrán (1215) y, más tarde, nuevamente, el Concilio de Trento, enseñaban que a los niños se los debería admitir en la Santa Comunión al alcanzar el uso de la razón. La aparición del ángel fue una señal de que el cielo presionaba la reintroducción rápida de la comunión a los niños al comienzo del siglo XX, después de tanta vacilación (siete siglos, de 1215 a 1916). Era un gran deseo del papa Pío X que los niños no sintieran la falta del suave amor de Jesús en la Sagrada Eucaristía; de lo contrario, estarían “sin éste fuerte auxilio y, en medio de una gama tan grande de tentaciones, podrían perder su inocencia y, incluso antes de experimentar los santos misterios, podrían caer en malos hábitos”[6]. De forma profética el ángel ejecutó el decreto papal al invitar a Jacinta y a Francisco a recibir su Primera Comunión en tan tierna edad.

La comunión bajo las dos especies

El hecho de que el ángel diera a los niños la Eucaristía bajo las formas del pan y del vino también es significativo. A Lucía le dio la hostia, el Cuerpo de Cristo, y a Jacinta y

[5] PÍO X. *Sacra Tridentina Synodus*, 20 de diciembre de 1905.
[6] Decreto *Quam Singular*, 1910.

Francisco, el cáliz con la Preciosísima Sangre. Así podemos afirmar que fue el ángel de Fátima que “introdujo nuevamente” la comunión bajo las dos especies. Los ritos orientales de la Iglesia católica nunca habían abandonado la Comunión bajo las dos especies, talvez porque casi siempre estuvo en la mira de la persecución, hecho que no sucedió en la Iglesia latina. Queda claro, siempre recibimos a Cristo por entero con el Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad en ambas especies. Si, además, quisiéramos encontrar una causa simbólica, sería la siguiente: el pan es símbolo de la vida y, por consiguiente, una participación en la vida de Cristo; en contrapartida, la Sangre, “que derramé por ustedes” es un símbolo apropiado para el sacrificio y la muerte de Jesús.

Beber el cáliz de Jesús significa tener parte en sus sufrimientos. Ésta simbología puede transferirse a la Eucaristía. Así, lo que el ángel hace en la víspera de la Revolución Comunista es profético, pues el ateísmo del siglo XX derramó más sangre y envío más mártires al cielo que todas las persecuciones de todos los siglos anteriores. Efectivamente, el siglo XX es el siglo de los mártires de la Iglesia. Por consiguiente, podemos mirar positivamente hacia el siglo XXI, pues la sangre de los mártires solo puede indicar una gran y nueva primavera y un reflorecimiento de la fe.

Jacinta: un sacrificio de expiación

Por los pecadores

Francisco: el consolador de Cristo

Incluso los niños de Fátima, sin ser mártires, a través de sus sufrimientos, especialmente Jacinta y Francisco. Lucía, que había recibido la hostia, se la llamó a vivir como testigo de los planos divinos de amor y misericordia a través del Corazón de Jesús y de María, mientras Jacinta y Francisco que habían bebido la Sangre de Cristo del cáliz, fueron llamados a tener parte en especial en el sacrificio de la muerte. De hecho, en pocos años habían consumado el sacrificio de sus vidas y murieron muy jóvenes, de buena voluntad, una muerte expiatoria.

En lo que concierne a Francisco, Lucía recuerda: “En la enfermedad, Francisco estuvo siempre alegre y contento. A veces, le preguntaba:

—¿Estás sufriendo mucho, Francisco?

—Bastante; pero no importa. ¡Sufro para consolar a Nuestro Señor; y después, dentro de poco voy para el cielo!”

Lucía también le preguntó a Jacinta si sufría mucho. Su respuesta fue semejante: “Sí, estoy sufriendo, pero lo ofrezco todo por los pecadores y para reparar el Inmaculado Corazón de María”. Después dijo con entusiasmo de Nuestro Señor y de Nuestra Señora y decía: “¡Me gusta tanto sufrir por su amor!” ¡Para darles gusto! A ellos les gusta mucho los que sufren para la conversión de los pecadores”.

La otra verdad que se evidenció a través de la Comunión bajo ambas especies es la conciencia de la íntima unión entre la Santa Comunión y el sacrificio de la Santa Eucaristía.

Pío XII expresó esa verdad de forma muy precisa al decir: “Cuando saboreamos el Pan de los Ángeles a través de la Comunión sacramental… podemos ser copartícipes del sacrificio” (*MD*, n.º 118). Esto significa que la Sagrada Comunión existe para que se participe del sacrificio de Cristo. Recibimos la Sagrada Comunión para hacernos uno con Cristo en su sacrificio al Padre, sacrificio a través del cual quería consumar dos actos grandiosos: la glorificación de Dios y la salvación de los pecadores.

Jacinta y Francisco representan estos dos caminos de la vida eucarística. Jacinta tenía un ansia insaciable de sacrificarse por la salvación de los pecadores. No había sacrificio demasiado pesado para ella si fuera por la salvación de los pecadores. Ansiaba “hacer expiación por sus pecados”. En contrapartida, Francisco estaba imbuido por el deseo de profundizar en la adoración para “consolar a su Dios”.

Al saber ya que iría a morir en breve, pasaba el día en adoración ante “Jesús escondido” en el tabernáculo. Lucía cuenta que, al ir a buscar a Francisco a la Iglesia, por el camino de la escuela a la casa, lo encontraban todavía arrodillado en la misma posición en que lo habían dejado.

¿Por qué en la Loca do Cabeço?

La unión entre la Sagrada Comunión y el Sacrificio de Cristo nos ayuda a entender la significación de la Loca do Cabeço. “Cabeço” significa literalmente el punto culminante de una montaña o monte. Pero la palabra se tomó de una comparación con el hombre, cuyo punto más elevado es la “cabeza”. Consecuentemente, el ángel se le apareció a los niños (para ponernos en el contexto bíblico) en el lugar de la cabeza o cráneo. Esto significa que la Loca do Cabeço, simbólicamente, puede equiparársela con el Gólgota. En el Gólgota tenemos el sufrimiento real y la muerte de Cristo en su humanidad. Ese sacrificio se renueva diariamente en el sacrificio de la Santa Eucaristía. En la Loca do Cabeço, el ángel hizo que los niños comprendieran la “Pasión Eucarística” de Cristo, al que se le ofende al extremo a través de los pecados de los hombres ingratos. Así pues, él acudió a los niños y, a través de ellos, a los fieles de esos tiempos, para que expiaran esos sacrilegios y consolaran a Dios, el Señor.

Esta tercera aparición, la eucarística, llama la atención hacia la necesidad de la adoración eucarística y de la oración y del sacrificio para reparar los pecados de la humanidad. Como es del conocimiento general, son estos los elementos determinantes de la espiritualidad del final del siglo XX. Si ya hubieran estado presentes en su inicio, el comunismo habría fracasado y no habría sido necesaria la Segunda Guerra Mundial.

Paz y presencia de Dios

Esa fue la última revelación del ángel a los tres niños. No nos es posible expresar más acertadamente lo que el ángel consumó en su misión que con las de Lucía: “La atmósfera de lo sobrenatural que nos cubrió era tan intensa que no advertíamos nuestra propia existencia, por un gran espacio de tiempo, permanecíamos en la posición que nos había dejado, repetíamos siempre la misma oración”. “La fuerza de la presencia de Dios era tan intensa que nos absorbía y aniquilaba casi por completo. Parecía privarnos hasta del uso de los sentidos corporales por un gran espacio de tiempo. En esos días, hacíamos las acciones materiales como llevados por ese ser sobrenatural que a él nos impelía. La paz y la felicidad que sentíamos eran grandes, pero solo íntima, completamente concentrada el alma en Dios”.

Al conducir a los niños a Cristo en la Eucaristía, el ángel había terminado su misión. A pesar de haber desaparecido ante sus ojos, no dejó de protegerlos y conducirlos en la realización de sus obligaciones. Él se había identificado como el Ángel de la Paz y, ya que los había unido a Cristo en la Eucaristía, alcanzaron una gran paz interior, paz que solo puede provenir de la unión con Dios, del estar completamente absorto en Dios.

Cristo está presente en el Sacratísimo Sacramento del Altar y nos está esperando. ¡Cómo al santo ángel le gustaría rezar con nosotros, fortalecernos en la oración y en el sacrificio y conducirnos a la unión con Dios! ¿Qué más es necesario para que nos hagamos santos?

(Nota: las citas entrecomilladas, pero, sin página se extrajeron del libro *Memorias de la hermana Lucía*).

Apéndice

CONSAGRACIÓN AL SANTO ÁNGEL DE LA GUARDA

Tú, mi buen ángel de la guarda, que ves continuamente la Faz de Nuestro Padre que está en los cielos (*cf. Mt* 18, 10), a ti Dios me confío desde el comienzo de mi vida. Te agradezco de todo corazón por tus cuidados amorosos. Me entrego a ti y te prometo mi amor y mi fidelidad.

Te pido: protégeme de mi flaqueza y de los ataques de los espíritus malignos; ilumina mi mente y mi corazón, para que yo reconozca siempre y cumpla la voluntad de Dios; y condúceme a la unión con Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. Amén.

Imprimatur: Leiria-Fátima, 19 de octubre de 2001.

† Monseñor Serafín de Sousa Ferreira y Silva.

¿Cómo hacer la consagración al santo ángel de la guarda?

De modo privado

Así como existen los votos privados, esto es, una persona puede sola o ante su confesor prometerle a Dios castidad, obediencia y pobreza, también se puede hacer ésta oración de consagración de modo particular, por ejemplo, en forma de una novena.

De modo oficial ante la Iglesia

Existe una forma aún más fuerte y comprometedora de hacerla. Así como los votos hechos dentro de una comunidad religiosa tienen una importancia diferente que los privados, así también sucede, cuando la consagración se hace dentro de una asociación llamada Obra de los Santos Ángeles (OA), que tiene como finalidad propagar entre los fieles la devoción y la colaboración con los santos ángeles.

La Iglesia aprobó éste acto de consagración, el 31 de mayo de 2000, por eso la obra puede a través de este acto, admitir las personas en la Cofradía de los Santos Ángeles de la Guarda.

En ella, la vivencia de ésta alianza recibirá un efecto mayor, como si un soldado luchara unido a un ejército, en lugar de estar solo. En la cofradía, a los miembros se les formará espiritualmente, a fin de que, en una colaboración mejor con los santos ángeles, crezcan más seguramente en la vida espiritual.

Quién esté interesado en recibir más información sobre la Obra de los Santos Ángeles de la Guarda diríjase a:

Secretariado OA

Rua São João Eudes, 22-2495-651, Fátima.

Tel.: 249 530 090

sec.oa.portugal@gmail.com

ÍNDICE